

ÁLVARO NÚÑEZ

SOCIEDAD
Lovecraft



ANAYA

*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra página web*

1.ª edición: febrero, 2023

© Del texto y las ilustraciones interiores: Álvaro Núñez, 2023
© De la ilustración de cubierta: Luis F. Sanz, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-3466-9
Depósito legal: M-28435-2022

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÁLVARO NÚÑEZ

SOCIEDAD
Lovecraft

ANAYA

*La ficción extraña, la ficción de terror y lo sobrenatural
le espeta un contundente no al mundo tal como es
y a la realidad tal y como el mundo insiste
que debe ser. Y cuanto mayor es la imaginación
y más fuerte es la conexión entre escritor y lector,
más rotundo y convincente se vuelve ese no.*

STEPHEN KING, *La almohada de Lovecraft*

*Suenan las sirenas y no es de la policía.
En este cementerio por un día
hay alegría desbordada.
Veo al viejo que está ahí
e intento comprender cómo será
cuando me llamen viejo a mí.*

LA M. O. D. A., *Hay un fuego*

PRIMERA PARTE

Diario de H. P. L.

15 de marzo de 2020

Odio escribir diarios.

Nunca me han gustado. Son como el congelador de un frigorífico.

Yo ya me entiendo.

Se supone que tienes la necesidad de escribir porque estás sintiendo algo en ese momento que crees que es importantísimo. Fundamental.

Pero al dejarlo escrito en un cuaderno, el sentimiento se queda ahí para siempre. Como los macarrones que hiciste un día, los metiste en el congelador, y te olvidaste de ellos. Cuando pasa el tiempo y vuelves a leer lo que escribiste en el diario, ten por seguro que ya no será lo mismo. Es imposible. Porque ya no sientes lo que sentiste al escribirlo.

Como cuando te comes los macarrones recalentados del congelador.

No saben igual.

No sé por qué estoy empezando un diario otra vez.

Está claro que necesito desahogarme, esto es una pesadilla.

Han dicho en la tele que no podemos salir de casa excepto para ir al súper y a la farmacia.

El abuelo está muy nervioso. Y enfadado.

Con lo que le ha costado recuperarse de lo de la cadera, ahora esto. A él, que le encanta salir a dar paseos, hacer la compra, jugar la partida...

Está que echa humo.

Tanto, que se le ha olvidado hacer la comida, y eso que es un cocinillas... Así que hoy no ha habido más remedio que comer macarrones descongelados.

16 de marzo de 2020

Han llamado mis padres, y están histéricos.

¿Cuántos años se creen que tengo?

Mi madre no ha parado de repetir una y otra vez que en qué hora me dejaron ir a vivir con el abuelo. Parece que de repente se le ha olvidado lo bien que les pareció cuando se lo propuse el verano pasado. Entonces todo era distinto, claro. El abuelo acababa de salir del hospital y los médicos dijeron que tendría que llevar muletas una larga temporada.

Mi abuelo, que, aunque tenga setenta y cinco años, a veces es más crío que yo. Hace unas semanas lo pillé saltando la tapia de la huerta de Luis para llevarse unas acelgas porque decía que las que le vendió estaban amargas. Me parto solo de recordarlo. Está claro que le han dejado la cadera como nueva, pero si se lo cuento a mis padres, les da un ataque.

Ahora todo eso da igual. No se habla de otra cosa que de ese maldito virus. Es mejor no poner la tele. A duras penas he conseguido tranquilizar a mi madre. Ellos viven en Burgos, a media hora de aquí. Y si eso es tan contagioso como dicen,

será mejor vivir en un pueblo pequeño donde hay menos gente que en una ciudad.

Digo yo.

Antes de dormir le he puesto un wasap a Laura. En su casa también están de los nervios. Sus padres han comprado tres paquetes grandes de papel higiénico porque en el súper se está agotando. Está claro que todo el mundo está cagado de miedo.

Esteban Rey

Me llamo Esteban Álvarez Cruz, tengo diecisiete años y curso cuarto de la ESO en el instituto Dámaso Alonso de Madrid. No hace falta que me mire así, ya veo que no le salen las cuentas. Soy repetidor, es cierto, y si quiere que le diga la verdad, no es algo de lo que esté orgulloso. Pero tampoco creo que sea un delito, ¿no, agente? Si tuvieran que detener a todos los malos estudiantes del país no darían abasto, je, je...

Perdón. Lo sé. No estamos para bromas. Eso es: a partir de ahora contestaré a sus preguntas «ciñéndome lo más posible a los hechos y sin hacer comentarios jocosos». No se preocupe. Que sea repetidor no quiere decir que no entienda las cosas. Sobre todo, cuando me las dicen con mazo de respeto y educación como usted, señor agente. No, de verdad que no es peloteo, se lo juro. Soy muy expresivo, eso es todo. A veces me da problemas, no se crea... Pero, ok, ok, me callo y pregúnteme lo que quiera.

¡Dispare! Bueno, es un decir, claro, je, je...

¿Que por qué estoy tan lejos de mi casa? Bueno, no es fácil de explicar, ¡han pasado tantas cosas... ! Ok, ok, si usted «tiene todo el tiempo del mundo», estoy seguro de que conseguiré hacerme entender, no se preocupe. No está usted preocupado,

vale. O sí que lo está, pero por la situación, claro, lo pillo; lo que no le tiene preocupado es que yo me haga entender... De acuerdo, de acuerdo: voy al grano. Empezaré por el principio.

Parece que hayan pasado dos años, ¿verdad? Desde la aparición del maldito virus, digo. Y no han pasado ni cuatro meses, ¿no es increíble? Me rayo mazo solo de pensarlo... ¿Qué ha pasado con el tiempo que parece que se ha estirado como un chicle? ¿Le gusta la ciencia ficción? Ok, no es relevante ahora, lo entiendo. Pero lo será, se lo aseguro.

Continúo, continúo contándole...

Estamos a mediados de marzo y en la tele dicen que se ha decretado el «estado de alarma» y que nos tenemos que quedar en casa, ¿se acuerda? ¡Como para olvidarlo! ¿Sabe lo que pensé al escuchar la noticia? Pues lo que piensa cualquier repetidor con dos dedos de frente: ¡más vacaciones! Como lo oye. No me lo podía creer, estaba que daba saltos de alegría. Mis padres, por supuesto, no se lo tomaron igual de bien. Aunque nuestro piso no es pequeño, en él vivimos mis padres, mi hermano Jose y yo. Él es más pequeño que yo, tiene once años. Mi padre trabaja en el departamento de contabilidad de una multinacional. Mi madre es técnica de laboratorio de una empresa farmacéutica. Así que no les quedó otra que quedarse en casa teletrabajando. Mi padre montó su oficina en la cocina y yo tuve que ceder mi cuarto de estudio a mi madre. Lo hice gustosamente, no se crea. Cero dramas, je, je.

Así que ahí nos tiene a mi hermano pequeño y a mí en plan los reyes del salón, ¿que no?

A partir de ese momento, nuestra única preocupación fue ver todas las series de Netflix que pudiésemos. Quién me iba a decir entonces que meses después iba a protagonizar un interrogatorio policial como los que salen en las pelis, je, je...

Diario de H. P. L.

19 de marzo de 2020

Han pasado tres días y da cosa asomarse por la ventana. No se ve un alma por la calle, como dice mi abuelo. A ver, que esto no es Nueva York, y en invierno ya sabemos que la gente prefiere quedarse en casa. Pero ahora es distinto. Da igual la hora a la que te asomes, porque nunca ves a nadie. Parece un pueblo fantasma.

El abuelo amenaza con salir a la calle con cualquier excusa. Mi madre me ha llamado y me ha hecho jurar que no le dejaré salir se ponga como se ponga. Tenemos el frigo lleno y papel higiénico para un mes, así que todo controlado.

He encontrado una cadena de televisión que solo echa películas de vaqueros de las que le gustan al abuelo. Son todas iguales, no sé cómo las distingue. Dice que las que más le gustan son las de un actor antiguo llamado John Wayne y que a él en el pueblo le llamaban así cuando era joven. Y es cierto que se parece un poco; sobre todo en las películas a color, donde ves los ojos azules del actor y, efectivamente, son como los de mi abuelo. Bueno, el caso es que así está entretenido.

Del instituto no hay noticias. Parece que esto puede ir para largo, así que ya nos dirán.

Pienso en qué estará haciendo Laura. Esta noche igual empiezo a leer esos libros que me recomendó de H. P. Lovecraft. Tiene gracia. No es que me chiflen los libros de miedo, pero si el escritor y yo tenemos las mismas iniciales y a ella le gustan, ya está todo dicho. Los saqué de la biblioteca municipal hace una semana y los tengo en la mesilla esperando.

No puede ser peor que ver otra peli de vaqueros.

Esta noche mientras leía he oído la tercera ambulancia desde que empezó todo esto.

Eso me da bastante más miedo que los libros de mi tocayo.

20 de marzo de 2020

Por la mañana ha vuelto a llamar mi madre para preguntar qué tal estamos.

Me ha contado que papá había tenido que salir a comprar mascarillas y a hacer la compra y la he notado más atacada de lo normal. Le he dicho que estamos bien y le he pasado al abuelo para que lo comprobase. Después de hacerle el interrogatorio habitual sobre si comemos bien, si ventilamos bien las habitaciones, tomamos vitamina C y no salimos de casa, mi abuelo ha estallado y le ha preguntado enfadado que cuántos años cree que tiene. Entonces he oído que ella le contaba que su amiga Chus, la enfermera, está ingresada en el hospital. El abuelo ha reculado y ha intentado tranquilizarla. Le ha prometido que nos vamos a portar bien.

Como no hay mucho más que hacer, estoy leyendo bastante. Me está gustando La sombra sobre Innsmouth, aunque a veces me entra la risa. ¿Unos seres mitad pescado mitad

hombre? Ese Lovecraft no estaba muy bien de la cabeza. Pero tengo que reconocer que sabe intrigarte y deseas seguir leyendo para ver qué rayos está pasando en ese pueblo. Le he puesto un wasap a Laura para decirle que he empezado leerlo y que me está gustando mucho. También que estoy escribiendo un diario para entretenerme. Lo ha leído, pero no me ha contestado. Espero que esté todo bien en su casa.

Esteban Rey

¿Ha intentado estar una semana sin hacer nada? Lo sé, usted no tiene pinta de ser de esos: si el crimen no descansa, ¡los buenos tampoco! ¿Verdad? Pero igual se ha puesto enfermo alguna vez, por lo que sea, y ha tenido que guardar reposo, ¿me equivoco? Perdón, perdón, ya sé que aquí las preguntas las hace usted, señor agente. Intentaba ponerle en situación, nada más. El ser humano no es consciente de los retos que puede superar, sobre todo si está expuesto a condiciones extremas. No ponga esa cara. Lo que le quiero decir es que después de una semana sin hacer nada caes en la cuenta de que ver todas las series del mundo mundial no es para tanto. Y, de repente, te estás rayando porque no tienes nada que hacer. ¿No es flipante? ¡Con las ganas que tengo siempre de no hacer nada! Encima, ves como tu hermano pequeño se pone a jugar a *Minecraft* y se le pasa. Tiene la suerte de tener once años y entretenerse con cualquier cosa. Pero tú... , tú ni de Blas. Y cuando digo «tú», quiero decir «yo», no se me pierda, ¿eh? Es que desde que soy escritor a veces hablo raro, je, je.

Vale, vale, continúo. Lo que quiero decirle es que después de una semana estaba mazo aburrido. El sillón tenía la forma de mi culo, no sé si me entiende. Necesitaba salir de casa, respirar,

tomar el aire. Me acordé de todas las veces que de pequeño les pedí a mis padres que adoptásemos un perro. Estuvieron a punto de hacerlo, pero luego nació mi hermano Jose y se les quitó de la cabeza. Una pena. Si en vez de Jose hubiésemos tenido a Julián en casa, yo podría haber salido a la calle en plena pandemia todos los días.

Sí, Julián era el nombre que le quería poner a mi perro. No entiendo esa sonrisa, la verdad...

Continúo. Para resumirle, después de una semana, mi objetivo fundamental se había transformado en salir de casa fuese como fuese. ¡No podía más! Para lograrlo ideé un plan, y no me costó convencer a mi hermano pequeño para que se uniera. Entre los dos vaciamos el frigorífico y la despensa en tres días. Tendría que habernos visto. Venga bollería industrial y cereales por la mañana; patatas fritas, nachos y aperitivos con refrescos por la tarde, y por la noche, cuando nuestros padres iban a dormir, sándwiches, helado y todas las porquerías que pillábamos. Mientras nuestros padres solo tenían ojos para las pantallas de sus portátiles, nosotros acabábamos sistemáticamente con los víveres familiares en tiempo récord. No me mire así; había que hacerlo. Tenía que conseguir salir de casa. Y aunque es cierto que Jose y yo engordamos casi dos kilos en tres días, cuando me ofrecí a salir a hacer la compra, mis padres me lo agradecieron.

Así que, de alguna forma, les hice un favor, je, je.

Diario de H. P. L.

21 de marzo de 2020

Tengo que salir a comprar. Parece mentira, pero llevamos una semana sin salir de casa.

No queda casi de nada en el frigorífico. El abuelo se queja de que así es imposible cocinar algo decente que llevarnos a la boca. Quería acercarse a la huerta de Luis y lo he amenazado con chivarme. Me ha mirado como esos vaqueros que ve en la tele y se ha ido murmurando a su habitación con las manos en los bolsillos.

Acabo de subir de comprar. Estoy nerviosa y no quiero que mi abuelo se dé cuenta. No quiero que se preocupe. Supongo que lo que he visto al bajar a la calle le hubiera dado a Lovecraft para un par de libros. A la entrada del supermercado había que hacer cola guardando una distancia de seguridad. Parecía una peli de ciencia ficción de las malas. Todos llevábamos la boca tapada hasta la nariz, unos con esas mascarillas azules que pudimos comprar en las farmacias antes de que se acabaran, otros con mascarillas caseras hechas de retales. Algunos llevaban separadores de plástico de los que usamos en el insti pegados con cinta aislante en la cabeza como si fueran las caretas de un soldador. Me hubiese entrado la risa,

pero había un silencio que impresionaba. Nadie hablaba, y se notaba que queríamos volver a casa cuanto antes. Todos llevábamos las manos metidas en guantes de plástico, algunos de los de fregar, otros de los de coger fruta en el súper, y los menos, de los que venden en la farmacia. Entramos despacio, de uno en uno, como si estuviésemos en una procesión. Una vez dentro he hecho lo posible por mantener la distancia. Las estanterías del súper estaban prácticamente vacías, como si hubiese habido un accidente nuclear. He cogido lo que he podido y he ido hacia la caja. Se notaba que todos los que estábamos queríamos salir de allí. Cuando he pagado, la cajera me ha puesto los cambios sobre la repisa y me ha mirado metiéndome prisa para que me fuera.

Estaba igual de asustada que yo.

A la hora de comer he puesto las noticias. Mi abuelo solo ha abierto la boca para comerse la crema de calabaza que ha cocinado. No ha dicho una sola palabra. Es igual de cabezota que yo. O, mejor dicho, yo soy igual de cabezota que él. Por eso he puesto las noticias. Para que vea lo que he visto yo al salir a comprar y no se le ocurra salir.

Laura no ha contestado al wasap que le envié hace cuatro días en el que le decía que me estaba encantando Lovecraft. Dos rayitas azules, así que lo ha leído.

22 de marzo de 2020

El abuelo se ha levantado de lo más cariñoso conmigo. Cuando he ido a la cocina a desayunar, me estaba esperando con mi desayuno favorito: huevos con beicon, zumo de naranja, un vaso de leche con colacao y un par de sobaos.

No he querido preguntar a qué ha venido el repentino cambio de humor, porque me temo lo peor. Los tabiques de esta casa son de papel y su habitación está al lado de la mía. Seguro que ayer me oyó llorar. Si me pregunta más adelante sobre ello, lo negaré y diré que estaba viendo un video en el móvil. Aunque, conociéndolo como lo conozco, seguro que no me pregunta nada.

Ha llamado papá por la tarde para preguntar cómo van las cosas. Me ha parecido extraño que no se pusiese mi madre y, a regañadientes, me ha confesado que está muy afectada porque su amiga la enfermera ha muerto sola en el hospital hace tan solo unas horas. Con un hilo de voz, me ha dicho lo orgullosos que están de mí por cómo estoy cuidando del abuelo y que por favor tengamos cuidado.

Hemos cenado con la tele apagada. No necesitábamos decirnos nada para saber que los dos teníamos un nudo en la garganta.

Antes de irme a la cama le he dado un abrazo, como cuando tenía siete años.

*No quiero pensarlo porque me echo a llorar. Continuaré leyendo *El que susurra en la oscuridad*, el segundo libro de Lovecraft, en cuanto termine de escribir en este maldito diario. Después de todo, tengo que agradecerle a Laura que me recomendase estos libros. Las locuras de Lovecraft me hacen olvidar las locuras de lo que está pasando en la realidad.*

Y el horror.

**Una historia sobre el poder de la amistad,
la importancia de la memoria y el valor
de la familia; con el toque intrigante
de un buen *thriller***

Marzo de 2020

Seguro que no hace falta que te recuerde qué está pasando, diario. Hay que ver, yo que pensaba que mudarme al pueblo con el abuelo sería un nuevo comienzo, que tenía nuevos amigos... Pero resulta que Laura me hace ghosting y el abuelo se salta todos los días el confinamiento para ir a ver a Luis. Por lo menos tengo los libros que saqué de la biblioteca, los del escritor ese que tiene las mismas iniciales que yo: H. P. Lovecraft. Están bastante bien. Muy bien. Creo que voy a escribir algún relato inspirado en los suyos. Hoy he encontrado en Instagram una cuenta muy rara, una especie de club de fans, aunque de momento no la seguimos casi nadie...

Cuatro adolescentes de distintos puntos de España, unidos por su amor hacia el terror, tendrán que afrontar algo tan inquietante como el más oscuro de los relatos de Lovecraft.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

